

Portadores de la luz: el papel neoplatónico de los incas en los *Comentarios reales* de Garcilaso

Michael Bradburn-Ruster, University of California, Berkeley

Escribe el Inca Garcilaso en el Proemio de sus *Comentarios reales*: "Cuzco...fue otra Roma en aquel Imperio..." (1: 23). Afirma con esta frase la importancia de la civilización incaica, a la vez sugiriendo con sutileza la injusticia de los españoles, asunto que se manifestará plenamente en el capítulo 19 del primer libro cuando habla de "esta república, antes destruida que conocida" (1:81).

En estas páginas examinaremos, dentro de los tres primeros libros de los *Comentarios reales*, cómo el Inca relaciona aspectos de la civilización incaica con rasgos del neoplatonismo renacentista, con el fin de reconciliar los dos mundos de España y el Perú.

Confluyen dos razas y dos culturas en el Inca Garcilaso. Según José Durand, su identidad como mestizo "lo impulsaba a encontrar, en el campo de las ideas, aquellas corrientes humanísticas que afirmaran su propia condición" (*Inca* 79). Aunque dice Garcilaso que tradujo los *Dialoghi d'Amore* de León Hebreo "por las muchas lindezas de que trata," esta sencilla razón no indica la profunda resonancia que tuvo en su propia obra el pensamiento de Hebreo (*Inca* 38). Es preciso reconocer a Hebreo como heredero del sincretismo filosófico del gran cordobés Maimónides, quien "investigó la manera cómo las enseñanzas aristotélicas pueden ser relacionadas con las creencias y prácticas de la tradición judaica" (Hyman and Walsh 369). Pero también León Hebreo era neoplatonista, y su "afán conciliador" era una característica fundamental de la visión neoplatónica (*Inca* 74). Hasta se puede afirmar

que el sincretismo y la reconciliación de ideas antitéticas constituyan el meollo del pensamiento neoplatónico:

...la tradición era el resultado de una auténtica aspiración religiosa; un deseo de crear unidad entre el pasado y el presente, entre el pasado cristiano y el no-cristiano, entre los dos extremos de una dialéctica duradera en el mundo. (Hirst 172-3)

En el siglo XVI surge una tendencia que pretende armonizar a Aristóteles y Platón: un deseo de disolver la aparente antinomia entre ellos y unir la física del uno con la metafísica del otro (*Scienza* 122). La importancia y aceptación de estas ideas crecieron tanto que, según el neoplatonista Marsilio Ficino, su estudiante Lorenzo di Medici había declarado que sin Platón sería difícil ser buen cristiano o buen ciudadano (Burckhardt 1: 227).

Sumido en esta atmósfera de tolerancia y reconciliación, el Inca quiere lanzarse a la defensa de los incas, con la intención de probar que, al contrario de lo que habían opinado españoles como Francisco López de Gómara, los incas sí eran civilizados y su imperio legítimo. Por eso se puede percibir en los *Comentarios reales* una "secreta polémica en favor del imperio incaico" ("Garcilaso" 22).

Los españoles imputan la barbaridad a los incas, concluye Garcilaso, porque no saben distinguir entre las dos edades o épocas que precedían la llegada de los europeos (1:111).

La primera edad fue una pesadilla antediluviana, pero la segunda—la de los incas—fue esencialmente utópica.

En cuanto a la primera edad, nos pinta un paisaje bárbaro y caótico, en que había muy pocos indios “mejores que bestias mansas y otros mucho peores que fieras bravas” (1: 53). Tenía cada casa dioses distintos y no poseían el más mínimo concepto de lo invisible. Así adoraban flores, cerros, piedras y una gran variedad de animales. “No había animal tan vil ni sucio que no lo tuviesen por dios...” (1: 54). Aun existía gente como los Chirihuanas, quienes ni siquiera habían alcanzado la noción más ínfima de la religión, y por eso no adoraban nada (1: 56). Un mundo, en fin, sumergido en tinieblas y confusión. Aun más: esa ignorancia acarrearba iniquidad y crueldad, como si fuese para ilustrar la doctrina expresada por Platón en el *Timeo*, que la ignorancia es la más grave de las enfermedades. No sólo sacrificaban a hombres y mujeres, sino que los comían y vendían su carne en la carnicería (1: 57-8). Mostraban unos tanto apetito por la sangre humana que la bebían mientras salía de la herida de su enemigo vencido (1: 61). El poder del mezquino gobierno que tenían residía únicamente en la fuerza, y a los vasallos se les trataba “con tiranía y crueldad” (1: 60). Garcilaso nos informa de la “indecencia” de su falta de ropa (1: 63), y del uso de la ponzoña y la hechicería (1: 65-6). Su descripción tiene el efecto acumulativo de sugerirnos que la gente de esta edad primordial no vivía tanto como animales sino como demonios.

La aparición de los incas con la venida del hijo y la hija del Sol y el reinado del primer Inca Manco Cápac representan “un lucero del alba...en aquellas oscurísimas tinieblas” (1: 67). La obra de esta gente de origen divino es cultivar a los bárbaros, civilizarlos y mantenerlos “en razón y justicia, con piedad, clemencia y mansedumbre” (1: 70). Encontramos aquí uno de los rasgos neoplatónicos más evidentes dentro de los

Comentarios, pues al enseñarles a los salvajes a ser hombres racionales y al guiarlos hacia la civilización, cumplen los incas con el deber esencial del alma, según León Hebreo:

...el alma tiene la misión de traer la vida, el conocimiento intelectual y la luz divina, del mundo superior y eterno al inferior corruptible, para que esta parte más baja del mundo no está tampoco privada de la gracia divina y la vida eterna....
(Menéndez Pelayo 2: 22)

No sólo dirigieron los incas la construcción de casas y la fundación del Cuzco, sino también les enseñaron a los indios a sembrar e hilar. Les instruyeron además en la razón “para que entre ellos hubiese perpetua paz y concordia y no naciesen enojos y pasiones” (1: 84). Más importante que todo lo demás, desde la perspectiva europea, les dieron una doctrina religiosa que se aproximaba más a la religión cristiana, revelándoles “la diferencia que había del resplandor y hermosura del Sol a la suciedad y fealdad” de las “sabandijas que tenían por dioses” (1: 100).

Como ha observado Sánchez Alonso, la religión incaica es sumamente importante para la tesis de Garcilaso: “la paternal acción evangelizadora de los incas, sacando a aquel pueblo del salvajismo en que vivía, fue una preparación” para recibir “la semilla cristiana” (*Inca* 76).

Así nos ofrece Garcilaso una prueba de la índole civilizadora de los incas: poseen todas las cualidades intelectuales que le confiere al ser humano la beatitud humana, en conformidad con la lista de León Hebreo: “arte, prudencia, entendimiento, ciencia y sapiencia” (Menéndez Pelayo 2: 16).

Sirve la imagen del sol un doble propósito: no sólo porque los incas “no tuvieron más dioses que al Sol” (1: 101), siendo así dispuestos a entender fácilmente la doctrina

monoteísta de los católicos; mas también porque el sol figuraba de modo prominente en la filosofía neoplatónica. Para León Hebreo el sol simboliza “el entendimiento puro y abstracto” y también la “sombra de la luz intelectual o resplandor de ella...” (Menéndez Pelayo 2: 23-4). Galileo, intensamente afectado por las ideas platónicas, habló del sol como “sede divina della luce” (*Scienza* 139), y en otro lugar comenta: “...direi parermi che nella natura si ritrovi una sostanza spiritosissima...e di questo spirito...il corpo del Sole esser ricetto principalissimo...” (*Scienza* 156). Debiéramos aquí recordar uno de los nombres de Cristo: *Lux mundi*, el sol espiritual del mundo. Todas estas asociaciones facilitan la interpretación de que los incas, quienes tenían al sol por “Dios visible” y a Pachacámac como Dios invisible y “no conocido,” poseían del “verdadero Dios cristiano” una intuición que entendían imperfectamente (1: 103-4). He aquí una idea consabida por los neoplatonistas: los discípulos de Pico y Ficino, observa Francis Yates, creían que “las religiones de todas las épocas y naciones contenían, oculta dentro de sí, alguna chispa de la verdad divina” (Yates 3).

Para el Inca Garcilaso, como para León Hebreo, es preciso que el entendimiento humano sea alumbrado por la luz divina (Menéndez Pelayo 2: 16), lo cual distingue al hombre de la fiera: en el mundo fenómeno, el sol representa ese conocimiento celeste. Esta iluminación por el “entendimiento agente” sugiere la teoría de emanación de Plotino, el primer neoplatonista. En esta metafísica, las esencias criadas por Dios descienden de grado en grado hasta la esfera de la materia, y allí, afirma León Hebreo, “vuelve a levantarse la materia prima con inclinación, amor y deseo de acercarse a la perfección divina...” (Menéndez Pelayo 2: 31-2). Por eso vemos a Garcilaso destacando con tanta frecuencia el tema del amor que

mostraban y engendraban los incas. “Apartarse del odio será para el Inca norma explícita de su moral de historiador” (“Garcilaso” 19). Tras las palabras de Garcilaso se puede oír la definición agustina del amor: es *el acto que armoniza*.

Abundan los acontecimientos en que los incas revelan, a través de sus actos de caridad, que sí poseen un ánimo intelectiva, la cual es “un pequeño rayo de la infinita claridad de Dios apropiada al hombre para hacerle racional, inmortal y feliz” (Menéndez Pelayo 2: 15). El Inca Lloque Yupanqui conquista a los indios de Chucuitu sin uso de fuerza; estos indios no querían resistirlo, sino que decidieron obedecerlo “con todo amor y voluntad, porque era hijo del Sol”: se ofrecen convertirse en sus vasallos “por gozar de sus beneficios” (1: 159). Más tarde, el Inca Manca Cápac conquista la provincia de Hatunpacasa “casi sin resistencia,” no por medio de la amenaza militar sino “por ir doctrinando y cultivando la tierra y los vasallos” (1: 194). Aun los que toman armas contra los hijos del Sol reciben la clemencia del benigno Maita Cápac: después de perdonar a los Collas alevosos, el Inca les dice “con palabras suaves...que no había ido a quitarles sus vidas ni haciendas, sino a hacerles bien y a enseñarles que viviesen en razón y ley natural” (1: 196). Al perdonar a los Collas, emula Maita Cápac “la piedad de sus padres, de los cuales se sabía cuán misericordiosos habían sido con sus enemigos rebeldes” (1: 203). Luego el Inca recibe “con mucha afabilidad” a los otros pueblos que renuncian sus incipientes insurrecciones, dándoles “de vestir y otras dádivas” (1: 205). A veces basta que vean los indios un ejemplo de la destreza de los incas para que reconozcan su superioridad: por el puente de mimbres que construyeron los incas, “muchas provincias de aquella comarca recibieron al Inca sin contradicción alguna” (1: 208). Un momento crucial en cuanto al esquema neoplatónico ocurre durante la conquista de

los Aimaras por el Inca Cápac Yupanqui; aquí repite Garcilaso el tema ya familiar: que el primer Inca Manco Cápac había mandado que sus descendientes “en ninguna manera derramasen sangre en conquista alguna...y que procurasen atraer los indios con caricias y beneficios y buena maña, porque así serían amados de los vasallos conquistados por amor...” (1: 217). Este amor recíproco es un reflejo de la armonía y la paz cósmicas, y constituye un punto clave para León Hebreo:

Con questo reciproco amore
s'unisce l'universo corporeo, e
s'adorna e sostiene il mondo. E la
terra o materia ha amore al cielo
come a diletissimo marito, o
amante, e benefattore; e le cose
generate amano il cielo come padre
pio ed ottimo curatore.
(*L'umanesimo* 145)

Por valientes que sean, los incas evitan—por principio filosófico—los métodos violentos: prefieren persuadir o, mejor aún, ejemplarizar. No es necesario que Garcilaso deplora la ferocidad de los españoles ni que haga explícito el contraste entre la conquista de ellos y las de los supuestamente salvajes incas: irónicamente, no son los europeos sino los indígenas los que personifican la máxima cristiano-neoplatónica de William Blake, que aparece en su obra *Jerusalem*: “La gloria del cristianismo es conquistar por la clemencia” (traducción mía, 683). Garcilaso sugiere que eran los incas los mejores neoplatónicos, afirmando que ellos participaban, a pesar de su falta de la doctrina de Cristo, en el sublime ciclo de amor que comienza y termina en lo divino, así celebrando el misterio universal más profundo, lo cual describe León Hebreo en los siguientes términos:

...sólo mediante el amor del
hombre a la hermosura divina se

une el mundo inferior, el cual
todo está por el hombre unido
con la Divinidad, causa primera y
último fin del universo....
(Menéndez Pelayo 2: 29)

Con su retrato detallado, íntimo e idealizado de los incas, Garcilaso nos presenta una cultura remotísima de cualquier imagen europea de la barbaridad. No sólo era la gente conquistada seres de inteligencia, paz y dignidad: eran además personas iluminadas que, tanto como los europeos, soñaban con el infinito y reconocían el espíritu del amor divino; pero a diferencia de los españoles, alcanzaban manifestar y vivir ese espíritu hasta en los momentos de conflicto.

Partiendo de su propia identidad mestiza, el Inca a la vez reconcilia los dos mundos e invierte la perspectiva anterior: descubre y alaba una metafísica que une el mundo nuevo con el viejo; pero sugiere que el golfo no yace entre la “civilización” y la “barbarie”, sino entre los ideales y los actos de los europeos mismos: una ruptura que había soltado un torbellino enorme de ceguera y crueldad, y que resultó en la destrucción y pérdida de una civilización tan pacífica como visionaria.

Obras citadas

- Blake, William. *The Complete Writings of William Blake: With All the Variant Readings*. Ed. Geoffrey Keynes. New York: Random House, 1957.
- Burckhardt, Jacob. *The Civilization of the Renaissance in Italy*. 2 vols. New York: Harper Colophon, 1958.
- Durand, José. “Garcilaso entre el mundo incaico y las ideas renacentistas.” *Diógenes* 43 (1963): 17-33.
- . *El Inca Garcilaso, clásico de América*. México: SepSentas, 1976.

- Garcilaso de la Vega, el Inca, *Comentarios reales*. 2 vols. México: SEP/UNAM, 1982.
- Garin, Eugenio. *L'umanesimo italiano*. Bari: Editori Laterza, 1958.
- . *Scienza e vita civile nel Rinascimento italiano*. Bari: Editori Laterza, 1965.
- Hirst, Désirée. *Hidden Riches: Traditional Symbolism from the Renaissance to Blake*. New York: Barnes & Noble, 1964.
- Hyman, Arthur and James J. Walsh. *Philosophy in the Middle Ages*. 2nd ed. Indianapolis: Hackett, 1983.
- Menéndez Pelayo, Marcelino. *Historia de las ideas estéticas en España*. Santander: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1940.
- Yates, Frances A. *The French Academies of the Sixteenth Century*. London: Routledge, 1988.